

El precio de la civilización

GALAXIA GUTENBERG

Jeffrey D. Sachs

El precio de la civilización

Traducción de
Estrella Trincado

GALAXIA GUTENBERG

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

GALAXIA GUTENBERG

*A mis padres
Theodore y Joan Sachs
modelo de justicia, compasión y felicidad*

GALAXIA GUTENBERG

Parte 1

EL GRAN CRACK

GALAXIA GUTENBERG

GALAXIA GUTENBERG

CAPÍTULO 1

Diagnosticando la crisis económica americana

UNA CRISIS DE VALORES

Bajo la crisis económica americana, subyace una crisis moral: la élite económica y política cada vez tiene menos espíritu cívico. De poco sirve tener una sociedad con leyes, elecciones y mercados si los ricos y poderosos no se comportan con respeto, honestidad y compasión hacia el resto de la sociedad y hacia el mundo. Estados Unidos ha conseguido tener la sociedad de mercado más competitiva del mundo pero está dejando el civismo en el camino. Si no restauramos los valores de la responsabilidad social, no puede haber ninguna recuperación económica significativa y sostenible.

Escribo este libro sumido en la sorpresa y el desconcierto. En mis 40 años que he dedicado a la economía, casi siempre he dado por sentado que Estados Unidos, con su gran riqueza, profundo conocimiento, tecnologías avanzadas e instituciones democráticas, seguiría una senda de auténtica mejora social. Decidí nada más empezar mi carrera dedicar todas mis energías a los retos económicos de otros países, donde veía que los problemas económicos eran más graves y necesitaban más atención. Ahora estoy preocupado por mi propio país. La crisis económica de los años recientes es reflejo de un profundo y amenazante deterioro de nuestra actual política y cultura del poder nacional.

Intentaré demostrar que la crisis se ha ido produciendo gradualmente a lo largo de varias décadas. No nos enfrentamos a un bache de corto plazo del ciclo de negocios sino que se trata de una tendencia social, política y económica de

largo plazo. La crisis es en gran medida la culminación de una era –la era del *baby boom*– más que de políticas particulares o de determinados presidentes. También se trata de un problema del bipartidismo: tanto los demócratas como los republicanos han puesto su grano de arena en la profundización de la crisis. Muchas veces parece que la única diferencia entre los republicanos y los demócratas fuera que la industria petrolera es la propietaria de los republicanos mientras que Wall Street lo es de los demócratas. Entendiendo las profundas raíces de la crisis, podemos superar las soluciones engañosas como la del gasto de «estímulo» de 2009-2010, los recortes presupuestarios de 2011, y las inasumibles bajadas continuas de impuestos, que se llevan a cabo un año tras otro. Esto son subterfugios que nos distraen de las reformas más profundas que son necesarias en nuestra sociedad.

Los dos primeros años de la presidencia de Obama demuestran que nuestras debilidades económicas y políticas son más profundas de lo que se sigue del gobierno de un presidente u otro. Como muchos estadounidenses, yo miraba a Barack Obama con la esperanza de que daría un gran impulso al país. El cambio estaba en camino, o así lo esperábamos; sin embargo, ha habido mucha más continuidad que cambio. Obama ha seguido el camino ya tan trillado de la guerra en Afganistán, que parece no tener fin, ha mantenido los presupuestos militares abultados, se ha doblegado a los grupos de presión, sigue ofreciendo una ayuda externa miserable, haciendo recortes de impuestos inadmisibles, generando déficit presupuestarios sin precedentes, y, finalmente, tiene una inquietante falta de voluntad de ir al fondo de la cuestión y buscar las causas profundas de los problemas americanos. La administración está llena de individuos que se aprovechan de las influencias que les permiten transitar entre Wall Street y la Casa Blanca. Para buscar soluciones de calado a la crisis económica americana, tenemos que comprender por qué el sistema político estadounidense se ha mostrado tan resistente al cambio.

La economía estadounidense cada vez da cabida a menos sectores de la sociedad, y la política nacional de Estados Unidos no ha conseguido poner al país de nuevo en la senda correcta a través de una intervención transparente, abierta y honesta. Demasiadas personas entre las élites americanas –entre ellos los superricos, los altos directivos y muchos de mis colegas del mundo académico– han abandonado cualquier compromiso de responsabilidad social. Sólo persiguen la riqueza y el poder, y que los demás se busquen la vida.

Necesitamos reinventar el modelo de una buena sociedad en estos principios del siglo XXI y encontrar un nuevo camino hacia ella. O lo que es más importante, necesitamos estar dispuestos a pagar el precio de la civilización a través de múltiples actos de buena ciudadanía: soportando nuestra proporción justa de impuestos, comprendiendo bien las necesidades de nuestra sociedad, actuando como vigilantes administradores para las futuras generaciones y recordando que la compasión es el cemento que une a la sociedad. Yo diría que la mayoría de la gente entiende este reto y lo acepta. Mientras hacía mis investigaciones para la elaboración de este libro, me reencontré con mis conciudadanos estadounidenses, no sólo a través de incontables discusiones, sino también a través de miles de sondeos de opinión y estudios sobre los valores americanos. Me encantó lo que descubrí. Los ciudadanos de Estados Unidos somos muy diferentes de cómo los expertos de las élites y los medios de comunicación quieren que nos veamos. El pueblo americano generalmente es de mente abierta, moderado y generoso. Ésta no es la imagen de los americanos que proyecta la televisión ni son éstos los adjetivos que vienen a la mente cuando pensamos en la élite poderosa y rica de Estados Unidos. En cualquier caso, las instituciones políticas americanas se han venido abajo de manera que la gente corriente ya no pide cuentas a las élites. Y desgraciadamente la debacle de la política también influye en la gente corriente. La sociedad estadounidense está demasiado enajenada por un consumismo que los medios

de comunicación estimulan como para mantener unos hábitos de ciudadanía efectiva.

ECONOMÍA CLÍNICA

Soy un macroeconomista, es decir, estudio el funcionamiento general de una economía nacional, no el de un sector particular. Mi principio rector es la idea de que la economía está íntimamente interconectada con un marco más amplio que incluye la política, la psicología social y el medio ambiente. Los asuntos económicos rara vez se pueden entender de manera aislada, aunque la mayoría de los economistas caigan en esta trampa. Un buen macroeconomista debe mirar al marco en su conjunto, reconociendo que la cultura, la política interior, la geopolítica, la opinión pública, y los límites de los recursos naturales y medioambientales, todos juegan un papel fundamental en la vida económica.

Mi trabajo como consejero de temas macroeconómicos durante el pasado cuarto de siglo ha consistido en ayudar a las economías nacionales a funcionar adecuadamente a través del diagnóstico de las crisis económicas y después la corrección de las disfunciones en sectores claves de la economía. Para hacer bien ese trabajo, debo esforzarme por entender al detalle cómo encajan las diferentes piezas de la economía y la sociedad y cómo interactúan con la economía mundial a través del comercio, las finanzas y la geopolítica. Pero, además de eso, también debo esforzarme por entender las creencias de la gente, la historia social del país, y los valores subyacentes de la sociedad. Todo esto requiere un conjunto de herramientas amplio y ecléctico. Como otros economistas, estudio detenidamente los gráficos y datos. Además, leo montones de encuestas de opinión así como historias culturales y políticas. Cotejo mis conclusiones con los líderes empresariales y políticos y visito las fábricas, las empresas financieras, los centros de servicios de alta tecnología, y las organizaciones de la comunidad local. Las ideas coherentes

sobre reforma económica deben pasar una «prueba de la verdad» en muchos sentidos, y ser razonables tanto a nivel de política nacional como local.

Un macroeconomista se enfrenta al mismo reto que un médico en su clínica, que debe ayudar al paciente con síntomas serios y una enfermedad latente desconocida. Una buena reacción conlleva hacer un diagnóstico correcto sobre el problema subyacente y después diseñar un régimen con que tratarlo y corregirlo. En mi libro *El fin de la pobreza* llamo a este proceso «economía clínica». Para ello me inspiró Sonia, mi mujer, una médica muy capacitada que me guió por los prodigios de la medicina clínica científica.

No me adiestré para ser un economista clínico, aunque afortunadamente mi formación teórica, combinada con la inspiración de mi mujer y mucha suerte profesional, me ha conducido por una inusual trayectoria personal hacia la economía clínica. Tuve la fortuna de recibir una educación de primera categoría como estudiante de licenciatura y de posgrado en Harvard, donde más tarde fui profesor en 1980. La buena suerte también me llevó a tener que implicarme en la asesoría económica directa en Bolivia en 1985, y desde entonces he llevado una vida profesional a caballo entre la teoría y práctica. Dedicué gran parte de los años ochenta a trabajar en una América Latina agobiada por las deudas para ayudar a que esa región volviese a la democracia y la estabilidad macroeconómica después de dos décadas de gobiernos militares violentos e incompetentes. A finales de los ochenta y principios de los noventa, fui invitado a ayudar a la Europa del Este y la antigua Unión Soviética en sus transiciones del comunismo y la dictadura a la democracia y la economía de mercado. Ese trabajo, a su vez, llevó a que me invitaran a los dos grandes gigantes mundiales, China y la India, donde pude ser testigo, debatir y compartir ideas sobre las reformas del mercado de un mundo cambiante en esas dos grandes sociedades. Desde mediados de los años noventa del siglo xx, he dedicado gran parte de mi atención a las regiones más pobres del mundo, y especial-

mente al África subsahariana, para intentar ayudarles en su lucha sin tregua contra la pobreza, el hambre, la enfermedad y el cambio climático.

Al haber trabajado en y diagnosticado docenas de economías en mi carrera profesional, he llegado a tener mucha sensibilidad para comprender la interacción entre política, economía y valores de la sociedad. Se encuentran soluciones económicas perdurables cuando todos estos componentes de la vida social mantienen un equilibrio adecuado.

En este libro, utilizaré la economía clínica para comprender la crisis económica estadounidense. Desde una visión holística de los problemas económicos americanos, espero poder diagnosticar algunos de los males más profundos que sufre nuestra sociedad hoy y corregir así el diagnóstico básico equivocado que se hizo hace 30 años, y que todavía persiste. Cuando la economía de Estados Unidos estaba de capa caída en los setenta, la derecha política, representada por Ronald Reagan, decía que el gobierno era el culpable de todos sus cada vez mayores males. Este diagnóstico, aunque incorrecto, sonaba bien a suficientes americanos como para permitir así que la coalición de Reagan empezara un proceso de desmantelamiento efectivo de los programas del gobierno así como para minar la capacidad del gobierno de ayudar a que la economía estuviera bajo control. Todavía estamos viviendo las desastrosas consecuencias de ese diagnóstico fallido, y seguimos ignorando los retos reales, incluyendo las amenazas de la globalización, el cambio tecnológico y el medio ambiente.

ESTADOS UNIDOS ESTÁ PREPARADO PARA LA REFORMA

Después de realizar un diagnóstico riguroso en la primera parte del libro, concretaré lo que creo que debemos hacer. Esas recomendaciones específicas nos llevarán a plantearnos varios temas cruciales. Primero, ¿podemos costearnos real-

mente que el gobierno sea más activo en un momento de tan gran déficit presupuestario? Mostraré que no sólo podemos: debemos. Segundo, ¿es realmente manejable un programa de reforma exhaustiva? En este caso, la respuesta es también sí, incluso por parte de un gobierno que actualmente muestra una incompetencia crónica. Tercero, ¿puede hacerse un programa de reforma política en una época en que la política divide tanto a la gente como ahora? Las reformas exitosas casi siempre se reciben inicialmente con escepticismo general. «Eso es políticamente imposible.» «La gente nunca estará de acuerdo.» «Es imposible el consenso.» Éstos son los lamentos que se oyen hoy en día cuando se proponen reformas reales y profundas. Durante mi cuarto de siglo trabajando por el mundo, los he oído una y otra vez para ver luego cómo las reformas profundas no sólo eran posibles, sino que finalmente llegaron a parecer inevitables.

Gran parte de este libro trata de la responsabilidad social de los ricos, aproximadamente el 1 % más rico de las familias americanas, que están mejor que nunca. Se instalan en su atalaya mientras alrededor de 100 millones de americanos viven en la pobreza o en el umbral de la pobreza.¹

No tengo ningún problema con la riqueza en sí. Muchos ricos son muy creativos, talentosos, generosos y filantrópicos. Lo que no estoy de acuerdo es con la pobreza. Mientras la pobreza esté generalizada y la riqueza siga creciendo en los niveles más altos de renta, y muchas inversiones públicas puedan reducir o acabar con la pobreza (en educación, cuidado de niños, formación profesional, infraestructuras y otras áreas), entonces los recortes de impuestos para los ricos son inmorales y contraproducentes.

Este libro también trata de pensar en el futuro. Soy un firme defensor de la economía de mercado, pero para asegurar la prosperidad de Estados Unidos a principios del siglo XXI también necesitamos planificación e inversiones del gobierno y objetivos claros de política a largo plazo basados en valores compartidos. Sé que la planificación del gobierno va a contracorriente de los actuales principios de Washington.

Pero mis 25 años de trabajo en Asia me han convencido del valor de la planificación del gobierno a largo plazo –no, desde luego, el tipo de planificación central ciega que se usaba en la extinta Unión Soviética pero sí una planificación de las inversiones públicas a largo plazo para tener una educación de calidad, una infraestructura moderna, fuentes de energía seguras y de bajo contenido en carbono y sostenibilidad medioambiental.

LA SOCIEDAD CONSCIENTE

«Una vida sin reflexión no merece la pena ser vivida», decía Sócrates.² Igualmente, podemos decir que la economía sin reflexión no es capaz de asegurar nuestro bienestar. El mayor espejismo que tenemos en Estados Unidos es que una sociedad sana puede organizarse en torno al objetivo unívoco de la búsqueda de riqueza. La agresividad generada en toda la sociedad por la búsqueda de riqueza ha dejado a los americanos exhaustos y privados de los beneficios de la confianza social, la honestidad y la compasión. Nuestra sociedad se ha vuelto despiadada, y las élites de Wall Street, de la industria petrolífera y de Washington son las más irresponsables de todas. Cuando entendamos esta realidad, podremos empezar a rehacer nuestra economía.

Dos de los mayores sabios de la humanidad, Buda en la tradición oriental y Aristóteles en la tradición occidental, nos aconsejaron sabiamente sobre la tendencia innata de la humanidad a perseguir ilusiones fugaces en vez de dedicar sus mentes y vidas a fuentes de bienestar a largo plazo más profundas. Ambos nos instaban a mantenernos en el término medio y cultivar la moderación y virtud en nuestro comportamiento y actitudes personales a pesar de los reclamos de los extremos. Ambos nos instaban a ir en busca de nuestras necesidades personales sin olvidar nuestra compasión por los demás. Ambos nos advertían que centrarse en la búsqueda de riqueza y consumo genera adicciones y compulsio-

nes en vez de felicidad y las virtudes de una vida buena. A lo largo de los siglos, otros grandes sabios desde Confucio hasta Adam Smith, Mahatma Gandhi y el Dalai Lama se han sumado a la recomendación de la moderación y compasión como pilares de una buena sociedad.

Es difícil resistirse a los excesos del consumismo y el objetivo obsesivo de la riqueza. Es un reto para toda una vida. Pero hacerlo en la época de los medios de comunicación, rodeados de ruido, distracciones y tentaciones, supone un reto mayor. Podemos superar nuestras actuales falsas ideas de economía creando una *sociedad consciente*, que promueva las virtudes personales de autoconsciencia y moderación, y las virtudes cívicas de la compasión por los demás y la habilidad para cooperar más allá de las diferencias de clase, raza, religión y geografía. Para recuperar nuestra prosperidad perdida, debemos volver a cultivar nuestras virtudes personales y cívicas.

GALAXIA GUERRA